

En 1960, al publicarse *La tierra pródiga*, de Agustín Yáñez, una de las cosas que más se destacó fue que por fin *La vorágine*, de José Eustasio Rivera tenía, por el escenario selvático, su equivalente mexicana. Sin embargo, las cosas no eran así, pues los estudios de nuestras letras se encontraban en un estado todavía más deficiente del que guardan hoy día. Para muestra, un señalado botón: en 1988, Gerardo Rivera publica *La novela en Tabasco*¹ y, al referirse a *Paludismo*, de Bernardino Mena Brito (México, Ediciones Botas, 1940), dice que sus citas textuales provienen de un artículo periodístico porque él no había tenido acceso a la novela que, por cierto, conoció en 1950 una versión en la Editorial Yucatanense Club del Libro.

* Profesor investigador del Departamento de Humanidades, en la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco.

¹ “*Paludismo*, igual que su tocaya antes mencionada, es narrada en primera persona, desde una fiebre. Es una crónica novelada que se publica en la época más eferescente para la novela de la Revolución mexicana. De ella conozco muy poco, apenas pequeños fragmentos tomados de un ensayo de Carlos Martínez Assad (‘Tabasco, escenario de novelas’, *La Cultura en México*, suplemento de la revista *Siempre*, 25 de junio de 1986, p. 7), en quien vamos a apoyarnos para describir esta novela.” Gerardo Rivera, *La novela en Tabasco*, Villahermosa, Ediciones del Gobierno del Estado de Tabasco, 1988, p. 175.

De lo anterior se desprende que, mientras nuevos estudios no demuestren lo contrario, *Paludismo* es nuestra primera novela que pinta las selvas, tema del presente trabajo, como infiernos en los que se consume el ser humano. Además, por si esto no bastara, es también una novela de la revolución.

Paludismo es una novela de la selva lastrada por digresiones ideológicas y por el deseo de ser una crónica de los hechos armados. El resultado es, naturalmente, una novela devorada por las ramas parasitarias de la literatura.

Paludismo comienza como muchas de nuestras novelas telúricas que describían morosamente los elementos de la naturaleza y cargaban las tintas al momento de hablar de la explotación, de la enfermedad y la miseria. Incluso en este renglón Mena Brito empezaba a cometer sus primeros excesos que hacían pensar al lector en abandonar la novela:

Dos horas después, llegamos sigilosamente y sin que nadie lo sintiera, a un campamento donde un hombre ebrio vomitaba blasfemias y flagelaba con una reata a una docena de mujeres cadavéricas que molían nixtamal y echaban tortillas.

Cerca de ellas sus críos raquíticos y deformes, enfermos de tos ferina y con los ombligos relajados por la tos, se revolcaban en el lodo, comían tierra con gusanos y parásitos intestinales que habían defecado momentos antes; en ocasiones los extraían ellos mismos, con las manos, de los intestinos.²

Sin embargo, a pesar de la minuciosidad escatológica uno se adentraba en la descripción de las catedrales verdes, en sus tormentos (como los bautizos, momentos de ansiedad y desesperación que abruman a quienes entran por primera vez a la selva),

² Bernardino Mena Brito, *Paludismo*, Mérida, Editorial Yucatanense del Libro, 1950, p. 36.

en el conocimiento de los pantanos y en un conjunto de informaciones sobre la naturaleza, las aves y, por supuesto, en la manera en que los hombres vivían sus pasiones.

Paludismo tiene dos subtítulos. El de la portada reza *Novela de la Revolución en la selva* mientras que el de la portadilla dice: *Novela de la tierra caliente de México*. Planeada como un conjunto de cuadros que Mena Brito escribe bajo el delirio palúdico que produce desmayos, náuseas, parálisis, dolores de cabeza y del cuerpo en general, la novela comienza con un muestrario de horrores que hacen comprensible la actitud de los escritores que ponderaban las ciudades sobre la feraz tierra latinoamericana: campamentos chicleros abandonados, hervideros de serpientes, cocodrilos, moscos, chinches, garrapatas, plantas venenosas, lombrices, sanguijuelas, alacranes y toda la descomposición de la naturaleza que hace pensar en la selva como un paraíso pútrido:

“La hojarasca ha empezado a fermentar y a producir un olor fétido y ácido, que ataca el olfato y hiere dentro del cráneo. Cuantas veces respiro, parece que tengo el sentido del olfato en el cerebro, porque siento en éste órgano el olor y la acidez”.³

A las calamidades naturales hay que agregar las deudas de los peones que pasaban de padres a hijos o hermanos, la manera en que los capataces de las monterías enganchaban borrachos a los chicleros, el perpetuo derecho de pernada, etcétera.

El escenario de la novela no es sólo la selva tabasqueña, sino los personajes transitan por las selvas mayas de Campeche, Guatemala, Yucatán y Belice. Además, no todas las descripciones pertenecen al infierno verde, sino también hay lugar para la

³ *Ibidem*, p. 79.

pintura casi bíblica. Después de un colosal incendio en la selva, observamos esta escena:

“Tan pronto como la luz rompe la sombra, ensillo mi acémila y, ya con más claridad, la llevo a abreviar en una laguna cercana.

“Maravilloso conjunto aquel del agua que se riza con el aire; la sinfonía jocunda que entonan todos los animales al elevar su himno al sol; la fragancia que el rocío desprende de la hierba; y, sobre todo, el insólito espectáculo que ofrece la *ley de la sed*.

“El tigre, el venado, el tapir, la víbora, el conejo, la liebre, se acercan, escurridos y tímidos, a la orilla de la laguna y beben de las mismas linfas sin atacarse ni temerse, unidos por el lazo paradisiaco de la sed.

Mi bestia y yo, inconscientes, obedeciendo a esa ley, bebemos uno al lado del otro, sin temor y con avidez”.⁴

Una vez que Mena Brito ha logrado páginas estremecedoras sobre los sufrimientos de los hombres en la selva toma la línea revolucionaria y es donde la novela se cae, donde no continúa alzando el vuelo como en sus primeras cien páginas. Los revolucionarios campechanos se pronuncian en junio de 1913 y andan de un lado a otro, de hato en hato y de Guatemala a Nueva Orleans, para de aquí pasar a Veracruz, Monterrey y finalmente retornar a Guatemala en donde se produce un incidente extraordinario porque el gobierno de Manuel Estrada Cabrera apoyaba a los revolucionarios mexicanos con tal de que invadieran Chiapas, la entregaran a los guatemaltecos y proclamaran la República peninsular con Tabasco, Campeche, Yucatán y Quintana Roo. Pero los episodios revolucionarios novelados parecen juegos de niños porque unos cuantos desarrapados se la pasan robando, pidiendo de comer y comprando armas.

⁴ *Ibidem*, p. 15.

Después de sucumbir al tópico de que la selva corresponde a la barbarie,⁵ la novela concluye amargamente: en 1914, después de que los dirigentes alzados celebran sus convites y orgías, los tabasqueños vuelven a la esclavitud y los vivillos se acomodan otra vez.

El aspecto ideológico de la novela no está sólo en esta conclusión pues el autor, a lo largo de todo el libro, ve la lucha armada como una reivindicación ética que, sin embargo, no idealiza porque entiende las revoluciones como una constante de la condición humana:

La Revolución la llevamos nosotros en el pensamiento y en el espíritu, no en el rifle. Por eso es constante y por eso cuando triunfen las armas de la Revolución, los que se hayan elevado hasta llegar a la altura de aquellos a quienes combatieron, se convertirán en fuerzas antirrevolucionarias, aunque peleen y griten tomando el nombre de la Revolución; pero la Revolución continuará latente y seguirá su proceso de equilibrio mientras el mundo exista...⁶

Incluso crea a un personaje, un indio maya, farmacéutico para más señas, que resulta todo un caso: viajó a Europa y allá encontró a un inglés quien, sorprendido de sus conocimientos de ciencia y lenguas, lo regresa a América para que plasme en un libro todos sus conocimientos. Cuando el farmacéutico le cuenta su historia al narrador, entreverada con sus conocimientos del mundo americano, la novela se hace farragosa porque la calidad de las digresiones es inferior a la del argumento novelesco que Mena Brito teje desde su casa de Correo Mayor, en el Distrito Federal.

⁵ “La selva estaba ganando cada día un hombre más. Yo, que me preciaba el más civilizado del grupo, ya era un vulgar comedor de mono”. *Ibidem*, p. 75.

⁶ *Ibidem*, p. 86.

Otra novela de la selva que no existía en la historia de la literatura mexicana es *Caribal. El infierno verde*,⁷ de Rafael Bernal, misma que apareció en 16 entregas semanales en el diario *La Prensa*, desde el cuatro de septiembre de 1954 hasta el cinco de enero de 1955. Se trata de un folletón de aventuras que antes fue radionovela y seguramente nació inspirado por el aluvional *Facundo* (1845) —que proponía civilizar y urbanizar la ubérrima naturaleza americana—, y por la novelística telúrica iberoamericana que planteaba el tópico de civilización y barbarie y vio sus momentos de gloria en *La vorágine* (1924), *Don Segundo Sombra* (1926), *Doña Bárbara* (1929) y *El mundo es ancho y ajeno* (1941), entre otras obras.

Caribal. El infierno verde, tal como indica el subtítulo, es un alegato contra la selva que corrompe a los hombres que se atreven a sacar la riqueza de sus entrañas, ya sea en forma de chicle o de maderas preciosas. No propone, como lo hizo Domingo Faustino Sarmiento en su *Facundo*, que las ciudades se impongan a las tierras indómitas, no. Bernal, con una mentalidad cristiana, apuesta por el bien, el conocimiento y la honradez para que los caucheros dejen el vicio y el crimen y los amos moderen sus crueldades y rapacías. En suma, hay que hacer habitable la selva.

Sobre las fértiles tierras de Quintana Roo, Belice y Chiapas, habitadas por tigres y jabalíes, moscos y serpientes, sanguijuelas y papagayos, caimanes y simios, Rafael Bernal dramatiza una larga escabechina propiciada por los rencores y el hurto, por la miseria y la falta de amor al prójimo. En medio de los chicleros asesinos y los contratistas ladrones, resplandecerán el doctor Ernesto Martínez y la profesora Issa Moreno, unidos por el mismo proyecto paternalista de redención para los hombres

⁷ Rafael Bernal, *Caribal. El infierno verde*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Lecturas Mexicanas), 2002.

que no quieren saber nada de ellos. Al contrario de lo que sucedió en la novela de José Eustasio Rivera, el médico y la enfermera no son devorados por la selva, sino logran huir de ella para mostrar que la bondad y la fe son capaces de salvar a los malvados y de civilizarla. El triunfo del bien llega, a pesar de las engañosas alusiones a la novela de José Eustasio Rivera. Si en *La vorágine* leemos “Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia”, en *Caribal* quedó escrito: “Y así el doctor Ernesto Martínez le entregó su corazón a la violencia de la selva”.

Esta novela de aventuras que con delectación desnuda a la más sucia condición humana, tiene entre sus aciertos la caracterización de varios personajes y el trenzado de sus vidas en un argumento lleno de emoción. Ojalá que los lectores reciban esta voluminosa ficción con el mismo entusiasmo que han dispensado a *El complot mongol*, la novela más conocida de Rafael Bernal.

La tierra pródiga, celebrada novela de Agustín Yáñez, ocupa un sitio importante en la literatura mexicana por varios motivos. Quizá el más importante estriba en que documenta la apropiación de las fértiles tierras costeras de Jalisco por los matones terratenientes y la burocracia federal; ambos disfrazan las rapacerías como elementos del progreso:

Nuestra vida nos ha costado todo esto para que de pronto alguien venga y nos quiera decir se acabó cuelen a su cantón y entréguenos todito qué esperanzas falta mucho por ver a cómo nos toca bonito que un trabajo de tantos años de la noche a la mañana como si fuera cigarro y chupado de otro que dizque títulos de propiedad y poner en claro cómo adquirimos tierras de nadie para el primero que tuviera valor de entrarle a la manigua abrirse paso a machetazo limpio entre la selva que crece crece crece de la mañana a la noche quitándonos el paso y las fieras las víboras los alacranes los zancudos las enfermedades las hambres.⁸

⁸ Agustín Yáñez, *La tierra pródiga*, México, FCE (Lecturas Mexicanas), 1984, p. 16.

Esta novela tiene un personaje central, Ricardo Guerra Victoria, alias “el Amarillo”, quien en su nombre lleva todas sus ambiciones y atributos. Es el talamontes que quiere coludirse con la burocracia del centro de la República para civilizar la zona tórrida; quiere transformar playas, puntas, selvas y una vena de mar en un paraíso comercializable que él entiende como civilización. Cuando en un claro de selva “el Amarillo” —Adán redi-vivo que nombra playas, ríos, montañas y valles— establece su hogar que es una fortaleza, la llamará El Paraíso, como la finca colombiana en donde tiene lugar *María*, la novela de Jorge Isaacs.

Para desarrollar sus planteamientos, Yáñez crea a un puñado de matones que se han apropiado de costas y serranías. El más osado es el ya mencionado “Amarillo”, quien busca alianzas en la capital para enriquecerse con la *civilización* de la tierra pródiga que da tabaco y algodón, azúcar, maíz y también petróleo. Los burócratas del Distrito Federal acaban comiéndose a los ambiciosos provincianos desde una oficina creada para el Plan del Pacífico. Allí piden créditos para sembrar palmares que ya existían, dinero para los sueldos de los trabajadores que sembraron lo que la naturaleza ya había puesto en la costa de Jalisco. Cobran para experimentos de cultivo de plátano, sandía y melón, que la tierra había dado a manos llenas. Presupuestan oficinas, sueldos, boletos de avión, una lancha que se había hundido con un tractor, herramientas, refacciones y mil cosas más para esquilmar los ingresos nacionales. De esta forma, los bandidos roturadores de campos son desplazados por el fantasma del gobierno que opera sobre selvas, costas y serranías.

He destacado la explotación de la tierra tórrida de Jalisco para continuar la línea de este trabajo, pero la presente novela de Yáñez ofrece otros aspectos que le confieren valor literario. Entre ellos podemos destacar cierto ontologismo que identifica las costas con los seres sensuales y las alturas con los personajes

castos. Además, Yáñez hace hablar y monologar no sólo a sus personajes, sino a los elementos de la naturaleza⁹ y, en este mismo aspecto, resulta destacable la cantidad de refranes y dichos populares que salpican toda la novela: “Te haces que la virgen te habla y ni siquiera te parpadea”, “Éste ya le echó mocos al atole (...) *poco se me hace el mar para hacer un buche de agua soy de las cumbres más altas donde habitan cuatro leones me como los alacranes y escupo los escorpiones como contaba mi compadre la boca me sabe a sangre y las manos a panteón cada vez que veo a un maldito se me alegra el corazón...*”¹⁰

En 1960, año en que se publicó la novela, Emmanuel Carballo la colocó en su justa dimensión al relacionarla con otras obras latinoamericanas que bebían en las mismas fuentes de lo que en su momento se llamó novela criollista:

A primera vista esta novela forma parte de la extensa nómina, en ocasiones admirable, de obras que trasladan la selva americana de la geografía a la historia. Novelas en las que el personaje principal es la feraz tierra virgen y en las que la anécdota, anomalía dentro de los cánones ortodoxos de la ficción, devora a los desléidos personajes humanos. La naturaleza en ellas se impone sobre la civilización. *La tierra pródiga* subvierte las anteriores características. La naturaleza conforma a los personajes, no los deforma ni los anula. Son los seres humanos quienes controlarán, tarde o temprano, los casi ilimitados poderes de la tierra, los que harán que la naturaleza ocupe en la anécdota un segundo plano. Oponen a la fuerza de la tierra la también devastadora fuerza de la máquina. Las anteriores novelas de este

⁹ “El río Purificación:

— “Mi oficio es arrastrar carroñas al océano.

“Barrancas de Apazulco:

— “En mis entrañas enterraron sin ruido el cuerpo de Pánfilo Rubio (...)

“Las, los músicos, los coheteros congregados en la Encarnación:

— “Alegrémonos por el triunfo de los fuertes y por el exterminio de los débiles.” *Ibidem*, p. 287.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 43 y 148.

tipo correspondían a un estadio de vida agrícola; ésta corresponde a los inicios de una nueva etapa, la de la industrialización.¹¹

*Historia de un desconocido*¹² es la revitalización del tópico civilización y barbarie, pero asumido con ojos y convicciones de hoy. Si antaño se planteaba la naturaleza como escenario idílico, pero también como un enemigo, como el monstruo a meter en cintura, hoy las cosas son muy diferentes. Cometimos el error de separarnos con soberbia de la naturaleza, de considerarnos usufructuarios antes que un elemento más de ella; y hoy estamos pagando las consecuencias.

Manuel Echeverría creó a un abogado de éxito, harto de los tribunales y pleitos que le merecen las expresiones más demoleedoras (“reyertas abominables”, “chacales de juzgado”, “conflictos sórdidos y querellas amargas”, “atmósfera envenenada de los tribunales”). Gracias a su trabajo, este personaje entabla amistad con un arqueólogo que se empeña en descubrir ruinas en la manigua del sureste mexicano. Así, para alejarse de su esposa y de su amante (ambas posesivas), de las peticiones frívolas de sus hijos y para abandonar las salas atestadas de viudas que pelean como hienas para sumir en la miseria a los hijastros, decide iniciar unas vacaciones en la selva y emprende un viaje que mucho recuerda *Los pasos perdidos* del cubano Alejo Carpentier, porque la selva trastoca el tiempo y, además, los recuerdos del acero, el concreto y el vidrio, ceden ante la magnificencia de las enormes naves de la catedral verde. Sin embargo, Echeverría no sucumbe a las abrumadoras galanuras léxicas del gran escritor cubano: la prosa de Echeverría es llana, limpísima, forjadora de

¹¹ Emmanuel Carballo, *19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, México, Empresas Editoriales, 1965, p. 305.

¹² Manuel Echeverría, *Historia de un desconocido*, México, Océano (El Día Siguiente), 1995.

un estilo directo y ágil; es la escritura de un narrador nato que no por nada remite a la más pura tradición de la novela de aventuras, en donde el hombre *ensaya* la consistencia de su carne y el valor de su sangre.

El abogado cambia la civilización por el aroma de las piñas silvestres, los membrillos, los limoneros y el tabaco. En lugar de las extravagancias sociales de su esposa y la vida principesca de sus hijos, ve armadillos, guacamayas tornasoladas, cenizontles, faisanes, monos, iguanas, colibríes y follajes descomunales. En el fondo, el abogado es, como Gatsby, un romántico, no sólo por su sentimiento de la naturaleza, sino por su hastío vital, por la pasión que le produce la historia y por su nobleza que lo inclina hacia las causas justas.

El desconocido a quien alude el título de la novela resulta el selvático anfitrión, el profesor Alejandro Fabiani, quien abandona la casa paterna siendo un niño, en el matrimonio lo coronan con unos grandes cuernos y, en su profesión de arqueólogo, es un amargado que nunca recibe prebendas. Su vida económica es la de un perdulario y su carácter el de un neurótico que vuelca todos sus rencores sobre los estudiantes. Por si esto fuera poco, la vida le juega una mala pasada: a sus casi 50 años de edad —los mismos que tiene el abogado—, no ha descubierto murales o templos ruinosos, pero se obstina en que está descubriendo un acueducto y no hace caso a sus alumnos quienes calculan verdaderos hallazgos cerca del campamento de Lacantún. Y, finalmente, cuando uno de sus estudiantes descubre una tumba portentosa, a él no le quedará más que tascar su maltrecha autoridad de profesor. Pero esto sólo lo sabremos cuando la novela ha recorrido un buen trecho pues, inicialmente, percibimos su imagen como la de un idealista, y que en el fondo es posible que lo haya sido, pero las circunstancias acabaron por retorcerle sus mejores principios. Y aquí viene lo que

singulariza a la novela de Echeverría, quien asume una tradición literaria pero la utiliza para plantear sus muy personales inquietudes. Lejos de idealizar, lejos de bucolizar, Echeverría dice que el hombre es tan asesino en la selva de asfalto como en la ribera del Usumacinta; lo único que se necesita para llegar al crimen es una mecha. La selva le ha servido a Echeverría como catalizador, como un recurso para decir que, cuando el ser humano se ve en un espejo, no se reconoce en la imagen reflejada, misma que tiene hoyos en el corazón.

Historia de un desconocido, lo mismo que *Un viejo que leía novelas de amor*, del chileno Luis Sepúlveda, indican un reflujo del hombre ciudadano a lo que resta de la naturaleza, a la selva profanada que todavía ofrece sosiego para el hombre de las grandes urbes quien, abrumado, va en busca de los cielos anchos y limpios, cruzados por garzas, tucanes, y *el relámpago verde de los loros*, como decía el poeta.

FUENTES DE CONSULTA

- BERNAL, Rafael, *Caribal. El infierno verde*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Lecturas Mexicanas), 2002.
- CARBALLO, Emmanuel, *19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, México, Empresas Editoriales, 1965.
- ECHEVERRÍA, Manuel, *Historia de un desconocido*, México, Océano (El Día Siguiente), 1995.
- MENA BRITO, Bernardino, *Paludismo*, Mérida, Editorial Yucatanense del Libro, 1950.
- RIVERA, Gerardo, *La novela en Tabasco*, Villhermosa, Ediciones del Gobierno del Estado de Tabasco, 1988.
- YÁÑEZ, Agustín, *La tierra pródiga*, México, FCE (Lecturas Mexicanas), 1984.